

BOLETIN



ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE ASTORGA.

SECRETARÍA DE CÁMARA.

Continúa la suscripción de donativos voluntarios abierta en esta Diócesis á favor de la Santa Sede.

	Reales	Mrs.
SUMA ANTERIOR (1)	303.603	25.
Señor Lic. D. Pelayo Gonzalez, Dignidad de Arcipreste de esta Santa Apostólica Iglesia catedral, Provisor y Vicario General de la Diócesi.	160	
Sr. Dr. D. Felipe Perez, Canónigo Magistral de esta Santa Apostólica Iglesia catedral.	100	
D. José Campo, Beneficiado de id.	40	
Lic. D. Marcelino Juáno, id. de id.	100	
Un Presbitero.	100	
La Comunidad de Religiosas de Sancti-Spiritus de esta ciudad	100	
Los ocho alumnos de Derecho canónico y 7.º año de Teología de este Seminario conciliar.	104	
Los alumnos de 5.º año de Teología id. de id.	170	
D. Vicente Lopez, párroco de Rosinos de vidriales.	80	
D. Rafael Moreno, vecino de la parroquia de Santa Marta de esta ciudad.	100	

(1) RECTIFICACION. En el núm.º 735 de este boletín se obtuvo la suma de 302.154 rs. y un mr.. En el siguiente por una equivocación se consignó la de 301.854 rs. con un mr.; por lo que 300 rs. que resultan de diferencia, figuran de aumento en la suma que encabeza los donativos de este número.

D. Martin Prieto, id. de id.	20
D. José Rodriguez, párroco de Ozuela.	38
D. José Jares, id. de Valdecañada.	38
D. Felipe Mantecon, id. de Filiel.	40
D. Juan Manuel Andrade, id. de Rivas de la Valduerna.	40
D. Tomás de la Huerga, id. de Sejas.	20
D. José Donado, vecino de id.	4
D. Andrés Alvarez, párroco de Pobladura de la Sierra,	40
Los vecinos de id.	30
D. Antonio Felipe Gonzalez, ecónomo de Molina-ferrera.	20
Los Vecinos de id.	60
D. Domingo José Arias, estudiante, natural de Entoma.	8
José Fernandez, vecino de id.	2
Francisco Vizcaya, id. de id.	1
D. Tomás Caneiro, párroco de San Cristobal de Valdueza.	60
Dos huérfanas, á su amantísimo Padre Pio IX.	4
Una criada, muy pobre.	1
D. Ramon Llamas, párroco de Bercianos de Vidriales.	20
Maria Alvarez, vecina de id.	10
D. Gabriel Bobillo, alcalde de id.	6
D. Mateo Martinez, regidor de id.	6
D. Bernardo Martinez, secretario. de id.	6
Felipe Delgado, vecino de id.	4
Mateo de Uña id. de id.	4
Miguel Carrera, id. de id.	1
D. Pedro Antonio Vega, presbitero, capellan del Hospital de Orbigo.	100
D. Francisco de Prada, párroco de Cobreros de Sanabria.	200
Una viuda, aguadora de esta ciudad.	8
Los vecinos de Villar de las Traviesas.	18
D. José Alonso, economo de Fontoria.	20
Los vecinos de id.	21
D. Valentin Gonzalez, párroco del Ganso.	60
D. Felipe Redondo, id. de Quintana de Jon.	20
Los vecinos de id.	14
D. Juan Antonio Pousa, párroco de Penouta.	20
D. Antonio Rubio, id. de Valdesamario.	40
Un Sacerdote.	40
Una pobre.	1
D. Pedro Celestino Martinez, párroco de San Andrés de las Puentes.	40
D. Clemente Lopez Carbajal, id. de Poibueno.	20
D. José Antonio Moran, coadjutor de Fonsria.	10
D. Marcelino Rodriguez, párroco de Antoñanes del Paramo,	40
Los vecinos de id.	81

D. Gregorio Perez, párroco de Matalobos.	40
D. Venancio Reyero, párroco de Villavante.	20
Gabriel Juan, vecino de id.	7
Antonio Juan, id de id.	7
Angel Quintanilla, id. de id.	7
Joaquin Martinez, id. de id.	7
Geronimo Villadangos, id. de id.	7
Manuel Fernandez, id. de id.	7
Calisto Martinez, id. de id.	2
Los demas vecinos de id.	36
	<hr/>
SUMA.	306.034 3.

(Se continuará)

Astorga 19 de Diciembre de 1866.—Dr. Joaquin Palacio, Secretario.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO.

Al M. V. Dean y Cabildo de su Santa Primada Iglesia, á los venerables Párrocos, Ecónomos y demas Eclesiásticos de su Diócesis, y á todos los fieles de uno y otro sexo de su Arzobispado, les desea salud y gracia en nuestro Señor Jesucristo.

Pocos dias hace, mis venerables hermanos, y amados hijos, habeis podido leer en el anterior Boletin de nuestra Diócesis las dos venerandas é importantísimas Alocuciones que nuestro Santísimo Padre el Sumo Pontífice Pio IX se dignó pronunciar en el Consistorio secreto de 29 de Octubre de este año.

Su lectura os habrá conmovido sin duda, porque la triste é ingénuu verdad con la que nuestro comun Padre describe y deplora la persecucion que por todas partes se hace á la Iglesia católica, no puede dejar de affigir, y de hecho affige á sus buenos hijos los españoles, muy particularmente sabiendo el modo hipócrita con que la combaten varios de los ingratos que aun se titulan católicos, y afectan cubrirse con la blanca vestidura recibida en el bautismo, sin que por eso desistan del satánico esfuerzo de socabar la piedra angular del magestuoso edificio levantado por la Divina Providencia. Vuestra afficcion, amados míos, es justa, pero cabe por ella desanimaros? No; observad al Vicario del Hijo de Dios en la tierra y os consolareis. Su sublime dignidad no se arredra por las amenazas de la mas atrevida de las revoluciones; no disimula en ocasion alguna desconocer las asechanzas, harto po-

derosas, de los que le combaten; ni se abate por carecer de auxilios y de fuerzas militares con las que pudiera vencerles, ni en su desamparo deja de anatematizar con ese poder incontrastable, que liga las conciencias cuanto los poderosos de la tierra han obrado ya, y presumen obrar contra todo derecho, y contra la inviolable justicia que no pueda menos de reconocer.

Do ámonos, venerables hermanos y amados hijos, de tanta iniquidad; ella aspira á alcanzar el triunfo de su innoble, mañoso é irreligioso obrar; mas disputémosle ese cacareado triunfo, y cómo? acudiendo á Dios segun nos manda nuestro amantísimo Padre el Sumo Pontífice, Sucesor legitimo del Principe de los Apóstoles.

Observad, pues, ante todo la amargura con que Su Santidad describe las persecuciones de la Iglesia católica en su propia patria, cuya narracion, evidentemente cierta, es para nosotros un fatídico anuncio de las diabólicas miras de la revolucion cosmopolita que roba á la Europa su reposo, y se esfuerza en privar á los pueblos católicos del mayor de sus bienes, la santidad de su religion: hiriendo al Pastor, dice, se dispersará el rebaño, y el triunfo será completo.

Debemos detenernos á explicar ese infernal proyecto? Permitid que no lo hagamos hoy porque, si realizado en parte en agenos paises hace casi tres siglos, harto sabeis que en nuestros azarosos dias se hace un esfuerzo para corromper con absurdas doctrinas, y falaces promesas á los incautos, ó viciosos de la patria de los Fernandos, de los Ildefonsos, de las Teresas de Jesus, de los Vicentes de Ferrer, de los Isidros, de los Diegos de Alcalá y de tantos Santos y Mártires de que los españoles nos gloriamos. Lo sabeis, repetimos, y por eso no queremos aumentar hoy la afliccion de los buenos, por oportuno que sea advertir su criminal error á los que se extravían, y conveniente tambien asegurarles que nos dolemos de los que degeneran de la constante fé de sus padres. En cuanto á vosotros, amados míos, tenemos la dulce confianza de que como corderos del sano y robusto rebaño que apacienta el Vicario de Jesucristo le seguireis siempre y permaneceréis bajo su cayado, como le siguieron con ánimo decidido los que llevaron, y llevan aun el santo Lábaro de la Cruz á paises idólatras, y los civilizaron, y ahora mismo los civilizan. Somos españoles, y seguro es que no perderemos nuestra fé, ni jamás nos separaremos del redil de la santa católica Iglesia romana. Hoy la contemplamos sumamente afligida, y esta es la razon que nos obliga á recordaros el cumplimiento de uno de nuestros principales deberes de auxiliarla segun podamos hacerlo.

Afligida, si, mis venerables hermanos y amados hijos, habeis leído en la primera Alocucion de que nos ocupamos, los esfuerzos de la impia revolucion para arrojar de su trono al Santo Pontífice é inmortal Pio IX, queriendo

hollar el mas sagrado de los derechos para entronizarse en la Ciudad Eterna. Allí al desaparecer el Imperio Romano, conquistador del mundo, quiso la Divina Providencia se sentaran en nuevo magestuoso Solio los Sucesores del Príncipe de los Apóstoles para conquistar á la fé, y dar la verdadera libertad á los que anunciarían las verdades del evangelio; allí, custodios de los sagrados cuerpos del Príncipe de los Apóstoles, y de su coapóstol el Doctor de las Gentes San Pablo, los Sucesores de aquel han restablecido de nuevo la ciudad de los Césares; han reunido las bellezas de las artes, han abierto escuelas de todas las ciencias, y realizado la civilizacion de las naciones con mas verdad y ventajas que lo lograron la antigua Roma, la sábia Atenas y la valerosa Esparta. Ese designio de la Divina Providencia de hacer brillar la púrpura de los Pontífices, aun mas que la de los Soberanos del resto del mundo, ha dado la paz, y fijado por siglos el derecho, la justicia y el orden de las demas naciones en las que ha predicado el evangelio, sin que haya costado una lágrima, enseñando á los pueblos sus deberes, y tambien á amarse como hermanos, glorificando al verdadero Dios, de quien procede todo bien. Sin embargo ese trono augusto, en el que se sienta el mas legítimo de los Reyes, ese trono, que es el que ocupa el insigne anciano Pio Papa IX, quiere derribarse!

Negro es el borron con que quiere mancharse al siglo diez y nueve, pomposamente apellidado el siglo de la civilizacion y de las luces. Sabemos cuáles son las arterias de que se vale la ambicion mas innoble para cubrir su felonía; no negamos los progresos materiales de este tan ponderado siglo, pero echad, amados míos, una mirada por la antes tan generosa y civilizada Europa, examinad vuestra propia casa, y decid qué veis? Muchos hombres vemos, direis, que buscando en vago la regeneracion de la sociedad, la destruyen; queriendo darla una omnímoda libertad, consagran la anarquía; aspirase por todas partes á disfrutar de todos los goces materiales, siendo muchos, ruinosos y funestos, y al efecto se hace hasta desaparecer el derecho de la propiedad; y la honradez se desconoce, y el amor entre sus propios hermanos se convierte en perfidia, y los mas distinguidos talentos aguzan su ingenio para multiplicar las máquinas de destruccion contra sus rivales, y la caridad cristiana se vela con el negro crespon del bajo interés, y la irreligion progresa.

De ahí el mal universal, de ahí la persecucion á la cátedra de la verdad, de ahí la afligente situacion en la que el completo trastorno de ideas ha colocado hoy al Sumo Pontífice, cuya ansiedad no puede dejar de ser la nuestra. Podremos cambiarla en verdadero gozo? Oigamos á nuestro comun Padre, y de esperar es que nuestro buen Dios nos conceda la gracia que debemos pedirle; obedezcamos lo que el Sumo Pontífice nos manda en su primera Allocucion, y lo lograremos.

Al exhalar Su Santidad un alto y sublime quejido por los males que

se infería á la Iglesia en su propia patria, nos dice: *Cum autem in tam horribili procella unicum, ac validissimum præsidium sit oratio, ideo omnibus venerabilibus Fratribus totius catholici Orbis sacrorum Antistibus, universo catholico Clero, et cunctis Sanctæ Matris filiis:.....etiam atque etiam inculcamus, ut omni fide, spe, et charitate orationes et obsecrationes Deo semper offerant, ad Ecclesiæ hostes expugnandos, illosque ad salutis semitas revocandos.* Ved, amados míos, lo que nos pide con una mansedumbre casi divina nuestro Padre comun; el Santo Pio IX no nos llama á que corramos á libertarle armados con las nuevas mortíferas máquinas de los ejércitos que se llaman aguerridos, ni quiere que acudamos á destruir á los que intenten invadir la Ciudad eterna, haciéndoles morder el polvo de la tierra sagrada que se hayan atrevido á pisar, sino que nos dice á los Obispos y á los fieles que perseveren en la fé que oremos, y pidamos á Dios en tan desecha y horrible borrasca venza á sus propios enemigos, que son los de la Iglesia Santa, y les conduzca por los caminos de la verdadera salud á fin de que eternamente no perezcan.

Este ruego, á quiénes puede dirigirle nuestro Santísimo Padre con mas confianza que á nosotros españoles? Nos apellidamos católicos, nos ennoblecemos con ese glorioso blason, y por la bondad de Dios hacemos justo alarde de que nunca hemos vacilado en la fé. Luego, habiendo hablado el Maestro de la verdad, su indicacion nos basta siendo para nosotros un mandato. Orad sin cesar, amados míos, segun se nos pide, repitiendo las autorizadas palabras de San Juan Crisóstomo en su 30 homilia; el Santo aseguraba que «grandes son las oraciones, grande seguridad, gran tesoro, gran puerto, segurísimo refugio, mientras despiertos y vigilantes acudamos al Señor, teniendo en todas partes recogidos nuestros pensamientos, y no permitiendo entrada alguna al enemigo de nuestra salvacion;» así alienta nuestro espíritu el Santo Padre, y de consiguiente muy olvidado de su salvacion debe estar por desgracia el que se descuide en orar; pero si no lo hace en los dias de tribulacion, entonces su corazón está petrificado carece de entendimiento.

La tribulacion que aflige á la Iglesia Santa y á su supremo Pastor es conocida de todos; ¿dejaríamos de clamar al Señor? Vosotros, mis venerables hermanos, no dejareis de hacerlo, y nuestros amados hijos al oirnos clamar entre el vestibulo y el altar, *Venid, Dios mio, visita vuestra propia casa, defendedla y salvadla de vuestros enemigos,* nuestros fieles hijos repetirán nuestras públicas preces, y el comun ruego del pueblo católico será oido; tanta es nuestra esperanza, no en vano nos dijo el divino Salvador *Petite et accipietis.*

Confundida, como esperamos, la pérdida revolucion, y sin que la prevision humana alcance cómo se frustrarán los proyectos al parecer mejor combinados de la sagaz, astuciosa política. Dios omnipotente los invalidará, aniquilando la fuerza de los que intentan oprimir al justo y despojarle de su legítimo reino. En el triste año de 1848 hubo el Papa de dejar el Vaticano, la revolucion engreida creyó seguro, y perpétuo el triunfo de su mal-

dad; pero vosotros sabeis cómo Dios protegió á su Vicario en la tierra. Ve-
mos hoy al inmortal Pio IX reinar sentado en el Vaticano, y confiamos no
volverá á verse en el doloroso conflicto de abandonarle. Su resolucion es
firmísima, «Preparados estamos, dice, aun destituidos de todo auxilio hu-
mano, fiando solamente en la ayuda de Dios, aunque nos cueste la vida
defender impávido la causa de la Iglesia, que por disposicion divina nos
ha encomendado nuestro Señor Jesucristo; empero si conviniera, nos
iremos á donde podamos ejercer sin dificultad nuestro apostólico minis-
terio.» El Angel del Señor le acompañaría, y si hubiésemos de aumen-
tar nuestra amargura por la afliccion que atormentaría á nuestro comun
Padre, dichosa sería la nacion á la que cupiera la dicha de recibirle y
de consolarle. Ojalá que fuera nuestra cara patria! Esperemos, sin embargo,
que el ungido del Señor, el gran Pontífice que decidió ser artículo de fé
la Inmaculada Concepcion de la Purísima Madre de nuestro divino Salva-
dor, esa poderosísima Señora protejera al inclito promulgador de su mayor
gloria y no permitirá que la revolucion triunfe; esperemos un milagro de la
divina Providencia; la Ciudad eterna santificada por los Santos Pedro y
Pablo no la ocupará, ni aun momentáneamente, la descreida revolucion.

De todos modos, considerando el reducido territorio que hoy posee la
Santa Sede, permitidme, amados mios, apelemos á vuestra noble generosi-
dad; despues de haberos exhortado á que unais vuestras oraciones á las
nuestras cúmplenos hoy rogaros tambien que deis una prueba de fieles cató-
licos, dispuestos á ayudar á nuestro Santísimo Padre segun cada uno pueda
hacerlo: nuestra escasez no es tanta que carezcamos de medios para hacerle
un donativo voluntario. No desconocemos el estado general de penuria en
que se hallan nuestros pueblos; pero ni os pedimos un sacrificio costoso, ni
mucho menos se os impone un impuesto difícil de llenar.

Ningun católico ignora la necesidad de que el Sumo Pontífice, Padre co-
mun de toda la catolicidad, debe vivir independiente, ejerciendo su Sobera-
nía de tal modo que no haya otra alguna bajo la cual pueda ponérsele coto
á su poder espiritual. La Divina Providencia, entre otros sublimes motivos
para engrandecer á su Iglesia quiso reinara el Sumo Pontífice en Roma, do-
minadora del mundo, y se la donase tambien algunas provincias, que fue-
ran bastante á cubrir con módicas gabelas los gastos de su poder, el cual sin
ser altamente rico para no suscitar sospechas á los demas Soberanos de la
tierra, fueran sin embargo bastante ricas para que el Papa rigiera con amor
los pueblos cristianos repartidos por todo el mundo, sosteniendo el fervor de
éstos, y dandoles la paz y la tranquilidad de sus conciencias. Vosotros
sabeis, amados mios, que asi lo han practicado por siglos los sucesores del
Príncipe de los Apóstoles, y os haríamos una injuria si insistiéramos en
quereros persuadir lo que tan de buena voluntad confesais todos. Empero,
despojada hoy la Santa Sede de mas de las tres partes mas ricas de su legi-
timo dominio, los católicos tenemos una sagrada obligacion de suplir lo que



falta á la Santa Sede, para cubrir sus indispensables y provechosos gastos. Acudimos á socorrer no á un Gobierno extranjero, sino á nuestro propio Soberano espiritual, de quien recibimos la direccion de cómo hemos de obrar bien y hasta el perdón de nuestras fragilidades y pecados; tan grande poder otorgó nuestro Dios y Señor á S. Pedro y sus sucesores.

Luego ¿qué sacrificio puede costar el cercenar algunos gastos superfluos, principalmente el que sea poderoso, ni qué afligirá al pobre carecer de una mínima parte aun de lo que estimo necesario? Ciertamente no merece llamarse sacrificio el acudir cada uno respectivamente segun quiera y pueda hacerlo.

Habida esta consideracion, y siendo cierto que tan aceptables serán á los ojos de Dios los cuatro céntimos que el pobre ofrezca sinceramente á su necesitado Padre el Sumo Pontífice, como los cuatrocientos escudos que le envíe el poderoso, nos hemos animado á exhortaros, venerables hermanos y amados hijos, á fin de que mensualmente hagais el donativo voluntario que sin gravámen puede hacerse, como Nos mismo lo haremos, mientras durare la penuria en que ahora se halla la Santa Sede Apostólica. Buenos españoles, ofrecereis al Señor segun os hemos pedido vuestras privadas y públicas oraciones, y como católicos ayudareis al Santo Padre de modo que la descreida revolucion no tenga ni aun pretexto para que le desobedezcan sus súbditos de la Ciudad eterna.

Confiado, pues, en el amor y respeto que os debemos, y aprovechándonos de la feliz casualidad de dirigiros nuestra exhortacion y nuestra súplica en la vispera de la solemnidad, verdaderamente española, de la Inmaculada Purísima Concepcion de la Santísima Virgen Maria, nuestra Madre piadosísima, ordenamos.

(Se continuará.)

El dia 4 del actual vacó el beneficio curado de Urdiales del Páramo, por fallecimiento de D. Andrés Martinez, su último poseedor. Está clasificado de entrada y es de patronato laical.
